

Dos cuentecillos de Timoneda («Dos reales de lo que hay» y «Así los rompí») en la tradición oral moderna

Rafael Beltran Llavador
Universitat de València
rafael.beltran@uv.es

RESUMEN

Cuando cotejamos las versiones de cuentos folclóricos españoles localizados en textos de los siglos XVI y XVII con las versiones que perviven en la tradición oral moderna, sorprende constatar que hayan logrado mantener tan altísimo grado de fidelidad tras el paso de los siglos, pero también nos llaman la atención las transformaciones que esa tradición realiza. Seleccionamos dos ejemplos que entroncan con sendas versiones renacentistas de Joan Timoneda: «Dos reales de lo que ‘hay’ y dos de lo que ‘no hay’» (ATU, 860, Nuts of «Ay ay ay!») y «Así los rompí» (con su variante, «Así las comí»), cuya posible relación con ATU 1296B (Doves in the Letter) es discutida. El buen humor sobre temas sexuales o sobre temas alimenticios continúa siendo, cinco siglos más tarde, el arma sutil y vengativa del hombre común frente a las injusticias de la pobreza y el abuso del poder (político o de género).

PALABRAS CLAVE

cuentos folclóricos, Timoneda, ATU 860, ATU 1296B

RESUM

Quan comparem les versions de contarelles espanyoles localitzades en textos dels segles XVI i XVII amb les que perviuen en la tradició oral moderna, sorprèn constatar que hagen aconseguit mantenir un altíssim grau de fidelitat per damunt del pas dels segles, però també ens criden l'atenció les transformacions que aquesta tradició en fa. Seleccionem dos exemples que s'arrelen en dues versions renaixentistes de Joan Timoneda: «Dos reales de lo que ‘hay’ y dos de lo que ‘no hay’» (ATU, 860, Nuts of «Ay ay ay!») i «Así los rompí» (amb la seua variant, «Así las comí»), la possible relació de la qual amb ATU 1296B (Doves in the Letter) és discutible. El bon humor sobre temes sexuals o sobre temes alimentaris continua sent, cinc segles més tard, l'arma subtil i venjativa de l'home comú davant les injustícies de la pobresa i l'abús del poder (polític o de gènere).

PARAULES CLAU

contarelles, Timoneda, ATU 860, ATU 1296B

ABSTRACT

When we compare the versions of Spanish folktales which are included in sixteenth- and seventeenth-century texts, with versions that still survive in the modern oral tradition, we may wonder how they have managed to maintain such a high degree of fidelity over the centuries, but we may also be surprised by the transformations of that tradition. This article focuses on two examples connected with two Renaissance folktale versions by Joan Timoneda: “Dos reales de lo que ‘no hay’” (ATU, 860, Nuts of “Ay ay ay!”) and “Así los rompi” (with its variant, “Así las comí”); and we discuss the connection of the last tale with ATU 1296B (Doves in the Letter), as well. Good humor about sexual matters or food issues continues being, five centuries later, a subtle and vengeful weapon of the common man against the injustices of poverty and the abuses of power (political or gender power).

KEYWORDS

Spanish folktales, Timoneda, ATU 860, ATU 1296B

1. Introducción: «Terentar, terentar...»¹

Cuando éramos niños mis cuatro hermanos y yo, y, sentados a la mesa para comer, alguno de nosotros se quejaba por no poderse acabar un plato contundente y repleto hasta el borde —un plato de arroz, por ejemplo—, mi madre, para distraernos y animarnos en la difícil empresa de no dejarnos ni una sola cucharada, solía emplear la estrategia de contarnos la anécdota de dos amigos que habían acabado de comer copiosamente:

Y va y le dice uno al otro:

—Tentón Terorento...

Y le contesta el otro:

—Tiroriro Riroranto...

Y... ¿a que no sabéis qué querían decir? —interrogaba mi madre—. Pues querían decir:

—Estoy que reviento...

—No haber comido tanto...

Nosotros sabíamos de sobra lo que quería decir el dístico cantarín «Tentón terorento / Tiroriro riroranto», porque habíamos escuchado la historia decenas de ocasiones, aunque también es cierto que se nos olvidaba de una vez para otra. La dejábamos contar y, aunque nos parecía una tontería (cosas de madres), le sonreíamos benévolutamente mientras la volvía a esgrimir como arma retórica. ¿Anécdota, chiste...? Lo cierto es que lograba distraernos durante un minuto. Pasado ese lapso, ella había logrado neutralizar sagazmente nuestra insubordinada protesta, mitigando la discrepancia. Lograba que acatásemos la lección implícita (la de que acabarse un plato no es ningún drama). Nuestro querido y llorado Josep Maria Pujol diría —¡y cuántas veces no habré utilizado y copiado su definición!— que mi madre, intentando resolver un pequeño problema cotidiano, había recreado un acto folclórico, interpretado una de esas efímeras e insignificantes obras de arte —los fenómenos folclóricos— que están destinadas a morir nada más nacer (Pujol 2002: 7).

De mayor, años después, cuál no sería mi sorpresa al encontrar idéntico juego fónico en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, publicado por el gramático y paremiólogo Gonzalo Correas nada menos que en 1627:

«Terentar, terentar, no tomieras tú tanto». El lenguaje de niños, por: «Reventar, reventar, no comieras tú tanto». Estaba opilando un niño, y no le entendían el mal; vino otro niño a verle y entendióle, y de éste supieron el mal (Correas 1992: 476).

Y solo más tarde podría confirmar su pervivencia hasta la tradición oral hispánica más reciente; por ejemplo, en Asturias: «—¡Que ento, que ento! ¿Pa qué comiti tanto?» (Suárez 1998: 304-305 [n.º 98]); o en Aragón: «...un niño berrea y grita repetidamente, ‘ento, ento..’, y nadie le entiende ni puede consolarle, hasta que otro de su edad le reprende: ‘No haber comío tanto y no entarás’ (ento = reviento)» (Beltrán Martínez 1979-1980, I: 212; Chevalier 2000: 25); mi cuñada, sal-

1. Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación FFI2011-25429, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

mantina, lo había escuchado desde pequeña... En fin, la de «Terentar, terentar...» será una de las muchas expresiones folclóricas mínimas que ha acompañado en la mesa a tantas familias españolas al menos durante cuatrocientos años.

Maxime Chevalier (1983) reunió y publicó clasificados más de 250 tipos de cuentos folclóricos españoles —casi todos de la misma o más sustancia y enjundia que el que acabo de recordar—, localizados en textos de los siglos XVI y XVII. En los prolíficos Siglos de Oro, sin embargo, no se publicaron estrictamente, como confirma Chevalier (1975: 9-45), más que tres colecciones de cuentos (dos de Joan Timoneda y una de Sebastián Mey). Extraña esa carencia, si se compara, por ejemplo, con la singular profusión de ediciones de romances tradicionales, bajo el rótulo de «Cancionero» o «Romancero» (Chevalier 1975: 9-45). A cambio, esa escasez se ve compensada con creces, afortunadamente, por la presencia de multitud de cuentecillos en diálogos, misceláneas, etc., utilizados tanto por narradores como Cervantes, como por dramaturgos como Lope, Tirso, Calderón o el mismo Cervantes, que no desdijeron acoger en sus capítulos o en sus versos estas piezas populares que tan humildes se nos pueden antojar.

Pues bien, cuando cotejamos las versiones de algunos de esos cuentos con las que perviven en la tradición moderna sorprende constatar que hayan logrado mantener tan altísimo grado de fidelidad en la oralidad a través de los siglos. Y vale la pena analizar no solo esa admirable perduración, sino también los cambios que han sufrido, aun conservando el esquema argumental básico que ha permitido su legado. Esos cambios, sin duda, habrán sido forzados necesariamente por la necesidad de sobrevivir y adaptarse a nuevos ambientes de emisión y recepción y, sobre todo, a nuevos contextos y a nuevos tiempos.

Me voy a centrar solamente en el comentario de la tradición oral moderna de un par de esos cuentecillos, cuyos primeros testimonios hispánicos conocidos datan del siglo XVI, transmitidos por el escritor y editor valenciano Joan Timoneda. Ambos están relacionados, como ocurre en el cuentecillo recogido por Correas al que nos acabamos de referir, con preocupaciones alimenticias y también con tabúes sexuales, en el caso del primero de ellos. Confío en que su examen —nada exhaustivo, por otra parte— nos permita como mínimo confirmar una constatación que en principio parece algo banal, pero que conviene no olvidar: la de que ha habido prácticamente siempre una censura y autocensura en los cuentos escritos —y se constata hasta hoy, de manera mucho más acusada, naturalmente, cuando la finalidad de una colección es educativa y el destinatario potencial puede ser infantil—, censuras de las que se logra mantener ajena o distante, o de las que muchas veces se consigue zafar o emancipar la tradición oral, permitiéndose el lujo de campar a sus anchas con esa libertad desprejuiciada y anárquica que solo proporciona la risa más sana.

2. «Dos reales de lo que ‘hay’ y dos de lo que ‘no hay’» (ATU, 860)

La versión más antigua del cuento que hoy solemos titular —siguiendo a Camarena y Chevalier (2003: 61-64)— «Dos reales de lo que ‘hay’ y dos de lo que ‘no hay’» es hispánica, del siglo XVI, y la aporta Joan Timoneda en *El sobremesa y alivio de caminantes*:

Recibió un caballero por criado un mozo, al parecer simple, llamado Pedro. Y, por burlarse de él, dióle un día dos dineros, y díjole:

—Ve a la plaza, y tráeme un dinero de uvas y otro de aij.

El pobre mozo, comprado que hubo las uvas, se reían y burlaban de él, viendo que pedía un dinero de aij. Conociendo que su amo lo había hecho por burla, puso las uvas en la capilla [= *capucha*] de la capa, y encima de ellas un manojo de ortigas y, llegado a casa, díjole el amo:

—Pues, ¿traes recaudo? [= *el recado*]

Dijo el mozo:

—Sí, señor, ponga la mano en la capilla y sáquelo.

Puesta la mano, encontró con las ortigas, y dijo:

—¡Aij!

Respondió el mozo:

—Tras eso vienen las uvas, señor.

(Timoneda y Aragonés 1990, I: 51).

El cuento estaba ya en el índice internacional de Aarne y Thompson, con el número ATU, 860. Camarena y Chevalier (2003: 61-64) lo catalogan y titulan, y definen su argumento a partir de «Premio del rey», texto asturiano publicado en 1921 por Constantino Cabal (1921: 119-123). Así, Camarena y Chevalier apuntan como «características del tipo»:

Nueces de «¡Ay, ay, ay!». La princesa es ofrecida al hombre que traiga un vaso de todas las aguas, un ramillete de todas las flores y las nueces de «¡Ay, ay, ay!». El héroe trae agua de mar, [miel de] una colmena y [b] hace meter al rey la mano en un bolsillo lleno de agujas, de modo que grita «¡Ay, ay, ay!» [Thompson, H1377.1, H1377.2, H1377.3].²

Puesto que casi todas las versiones conservadas son hispánicas, es lógico que ATU, la clasificación de cuentos folclóricos internacionales de Hans-Jörg Uther, siga y copie, traduciéndolas, esas «características del tipo» que ofrecían previamente Camarena y Chevalier:

[860] *Nuts of «Ay ay ay!»*. A princess is offered to any man who can bring a glass containing all kinds of water, a bouquet of all the flowers, and nuts of ay, ay, ay! A suitor brings seawater, a beehive, and hazelnuts with thorns so that the king cries, «Ay, ay, ay!» [H1377.1, H1377.2, H1377.3]. (Uther 2004, I: 487).³

Sin embargo, esas «características» no coinciden más que parcialmente (en la dificultad de la prueba, en el equívoco y en la exclamación), con la versión más antigua conservada, la de Timoneda. De hecho, si nos encontramos en la

2. Camarena constata la pervivencia en versiones castellanas (en Asturias, León, Valladolid, La Rioja, Burgos, Extremadura, Ciudad Real, Cádiz, Aragón), en el área del catalán (en Cataluña y Mallorca), en el área del gallego (Lugo, Orense) y del vascuence, así como latinoamericanas (México, Venezuela, Chile, Argentina, Puerto Rico) y portuguesas.

3. Curiosamente —puesto que el cuento parece ceñirse al ámbito hispánico—, Uther incluye también, además de las catalogadas por Camarena y Chevalier, versiones catalogadas en Grecia.

definición del tipo con ese argumento bastante diferente, tanto en contexto (las pruebas del rey para casar a su hija) como en contenido (más complejo, con triple prueba), es porque en realidad el cuento de Cabal integra el argumento de ATU 860, *Nuts of «Ay ay ay!»*, en el seno de ATU 921, *The King and the Farmer's Son*, que es un cuento relacionado con la sorpresa del rey ante las respuestas sorprendentemente inteligentes del muchacho humilde. Cabal no es el único en ofrecer esa combinación (860 + 921), pues también se da en versiones argentinas (Camarena y Chevalier 2003: 64) o catalanas, como la de Pau Bertran i Bros (Oriol y Pujol 2003: 209; 2008: 168). En esta última, el amo manda al criado que le vaya a buscar tres objetos imposibles de conseguir: uno alto, uno bajo y un f..., f... Un marinero le ayuda a solucionar el problema: en un cubo lleno de agua pone un corcho (lo alto), después un plomo (lo bajo) y finalmente una aliaga bajo del brazo, y le dice que apriete (será el f..., f...).⁴

Lo cierto es que el cuento no tiene ni en la versión «reducida» de Timoneda, la primera que conocemos, ni en la versión de Constantino Cabal seleccionada para definir el tipo por Camarena y Chevalier, y Uther, ni en estas últimas que acabamos de comentar, la lectura humorística relacionada con la sexualidad que vamos a comprobar que cobrará más adelante en la mayoría de las versiones orales. Tampoco tenía ningún matiz erótico la versión titulada «El ramo de todas las flores del mundo», que daba tres siglos más tarde el folclorista aragonés Rafael Boira en *El libro de todos los cuentos* (1862), tomada de otra muy parecida de Fernán Caballero:

Un caballero quiso burlarse de su criado, a quien creía simple.

—Ve a la plaza, le dijo, y tráeme dos reales de huevos y otros dos de ayes.

El criado salió de casa, reflexionó un momento y conoció que su amo se quería burlar de él. Con esta idea compró los huevos y los puso en un saco; salió después al campo, cogió un buen manojo de ortigas y las colocó encima de los huevos.

—¿Traes lo que te he dicho? Le preguntó el caballero esperando reír a su satisfacción.

—Sí, señor, aquí lo tiene V.

El caballero metió la mano en el saco, tropezó con las ortigas y exclamó:

— ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

—Detrás de esos, dijo el criado con sorna, vienen los huevos.

(Boira 1982, I: 17-18).⁵

Esta versión es muy cercana a la de Timoneda, en el sentido de que mantiene el tipo 860, sin triple pregunta (como las de Cabal y Bertran i Bros), y excluye la integración en ATU 921 (como hacía la de Cabal). Los protagonistas son el caba-

4. Oriol y Pujol no aceptan que la de 860, que ofrecen Camarena y Chevalier, sea la catalogación correcta para las versiones de Amades y Alcover. Tampoco Cardigos (2006: 207) coincide con la catalogación de las versiones portuguesas, que dan Camarena y Chevalier como 860 + 921.

5. La versión de Fernán Caballero aparece en «La viuda del cesante» (véase Chevalier 1978: 54 [n.º 42]). Amores (1997: 173) ofrece también testimonio completo de la difusión del cuento en castellano, catalán, gallego y vascuence. El procedimiento de copia de cuentos de otros autores fue habitual en Boira. Lo confirman y estudian, para el caso de los cuentos de Fernán Caballero, Fradejas y Agúndez (2006).

llero y el criado simple en ambos casos. La invención de las ortigas punzantes es la misma (serán espinas en la versión de Cabal, aliagas en la de Bertran i Bros). Lo único que ha cambiado han sido las uvas por los huevos (que luego volverán a reducir tamaño y serán nueces, en Cabal). Podría pensarse, eso sí, buscando una interpretación algo retorcida —¿o no tan retorcida?—, y a tenor de la deriva posterior de los cuentos, que tanto uvas como huevos y nueces, aunque de distintos tamaños, remiten por sus formas esféricas a los órganos genitales masculinos. Por otra parte, el reducto donde se esconde el «recaudo» o recado de las uvas o huevos, protegidos por las ortigas, pasa de ser la «capilla» o capucha de la capa a ser un saco, es decir un complemento externo al vestido.⁶

La situación que presentan las versiones de Timoneda, Fernán Caballero y Boira es la del criado espabilado que se burla del amo, quien a su vez, dándose las de listo, había querido burlarse primero de él aprovechando de manera desalmada su posición superior. En la versión de Cabal, el caballero no solo acaba burlándose del rey «un poco tonto», sino contrayendo además matrimonio con la princesa, complacida por el ingenio del pretendiente. En ese sentido, la versión de Cabal coincide con las versiones modernas, que podrían empezar a datarse tal vez a finales del siglo XVIII o en el siglo XIX, puesto que van a mantener el tema básico del burlador burlado, es decir, la burla contra el mismo poder, ostentado ahora por los reyes (o jerarquías militares superiores).⁷ El rey y la reina (o, a veces, el capitán y su mujer, la capitana) discuten sobre quiénes son más listos, si los soldados o los estudiantes (como si se tratara de una revitalización del viejo debate medieval entre el clérigo y el caballero), y ponen a prueba a dos representantes de estos grupos. El estudiante sale mal parado de la prueba de comprar «lo que hay» y «lo que no hay»; en cambio, el soldado, que se supone que es un bruto redomado, resultará ser un tonto listo y será, además, quien obligue a la reina (o a la mujer del capitán) a dar la respuesta correcta, dejándola en una situación un tanto embarazosa.

La versión burgalesa, recogida por Elías Rubio, es bien explícita al respecto:

Pues eran un capitán y su señora y el asistente. Y tendrían invitados [en casa] porque era para reírse [del asistente] con los invitados.

Dice [el capitán del asistente]:

Me hace bien las cosas, pero es un poco tonto. Verá cómo nos vamos a reír [con él] un rato. —Y le dice—: mira, vete a la tienda, toma ocho duros y me traes dos de «no hay» y cuatro de guindas.

Va el chico y dice:

—¡Este hombre...! Bueno, bueno —dice—, yo no encuentro otra solución.

Llega, se rompe un poquito el bolso [del pantalón], se saca un poquito el aparato [el pene] para ese bolso, y en el otro nada. Viene a casa y le dice:

—A ver, hijo, ¿me has hecho bien el *recao*?

Dice:

—Sí, sí, señor.

6. En la versión de Cabal, este elemento continente de las nueces y espinas no se menciona, por incoherencia o falta de pericia en el detalle.

7. La versión gallega que ofrece Noia (2010: 445) presenta una apuesta simplemente entre *un home* y *unha muller* sobre quién es más listo, si el soldado o el estudiante.

—A ver, ¿cómo?

Dice:

—Pues aquí lo traigo en el bolso.

Y le dice el capitán a su señora:

—Anda, mira a ver. Métele la mano en el bolso.

Mete la mano, se tropieza [con lo que tenía entre las piernas, que se lo había metido a ese bolso], y dice:

—¡Ay!

Y después, mete la mano en el otro bolso, y dice:

—No hay.

Claro, le traía vacío.

Y después, con la otra mano, dice:

—Tome.

Y [le entrega] los cuatro duros de guindas.

Con lo cual, [el asistente] le había *sisao* cuatro duros, y ya quedaron todos contentos.

(Rubio, Pedrosa y Palacios 2002: 64-65 y 193-194).⁸

La venganza del muchacho «asistente» se acrecienta respecto a versiones anteriores: no solo se muestra más listo en una contienda de ingenio, y triunfante frente a quien ejercita cruelmente su poder (en este caso, el superior militar), sino que contraataca y hiere gravemente la dignidad u honra de este, identificada con la figura de su esposa. Aprovechando el desplazamiento del saco (en Timoneda y Boira) hacia el bolso o bolsillo del pantalón, e introduciendo al personaje de la mujer del engañador engañado, aparecerá ahora como básico el equívoco alusivo a los órganos sexuales. Es el caso, por ejemplo, de otra versión asturiana, más reciente y fiel al relato oral (sin la edulcorada novelización que detectamos en la de Cabal):

Apostaba la reina col rey que era más listo el soldado que el estudiante. El rey decía que era más listo el soldado, y la reina decía que no, que el estudiante que era más listo. Y antós pezme que hicieran una *apueste*. Ella dio-y tres pesetas al estudiante. Dijo:

—Tráime una peseta de «hay», otra de «no hay» y otra de guindas.

Va el estudiante p'allá y trajo las guindas, pero «hay» y «no hay» no había. Dá-y las al soldao, arranca p'allá con las tres pesetas, gastólas todas en vino. Tomó unos cuantos vasos de vino hasta que-y pareció —claro en aquellos tiempos tres pesetas era mucho dinero—. Vien p'acá. Dice [la reina]:

Pon-y un bolso roto, nun tenía nada. Diz ella:

—No hay.

Puen-y l'otro, mete la mano, gárralo pol chisme, diz ella:

8. No hay duda de la procedencia del cuento. «—A ver, hijo, ¿me has hecho bien el *recao*?». En Timoneda: «¿traes recaudo?».

—¡Ay!

Diz él:

—¡Al lao están las guindas!

(Suárez 1998: 158 [n.º 38.1]).⁹

O de esta de la comarca de Los Serranos, en el interior de la provincia de Valencia, que le contó el tío Pablo a la folclorista Amparo Rico en 1998:

El rey y la reina tenían discusiones que los soldados eran más listos que los estudiantes, y la reina, al contrario, que los estudiantes eran más listos que...

Bueno, llamaron a un estudiante y le dieron una peseta y le dijeron:

—Trae dos reales de lo que hay y dos de lo que no hay.

(La cosa estaba difícil, ¿verdad?)

Con que se va y dos reales de lo que había podía comprar en todos los sitios, pero de lo que no había...

Y vuelve otra vez el pobre estudiante y dice:

—Dos reales de lo que hay sí que puedo comprar, pero de lo que no hay, no se puede comprar.

Con que en eso llaman a un *soldao*:

—Toma esta peseta y trae dos reales de lo que hay y dos de lo que no hay.

La coge y en el primer bar que encontró, pidió un vaso de vinote a peseta. Se lo pusieron y se lo bebió.

—¡Bah!, me he *quedao* sin dinero y no he *comprao na*.

Se vuelve *ande* estaban los reyes:

—¿Ya lo traes?

—Ya.

—¿Has *contrao* de lo que no hay y de lo que hay?

—Sí.

Con que llevaba los bolsillos de los pantalones y uno estaba *bujerao* y el otro no, y dijo a la reina:

—Mete la mano en este bolsillo.

—No hay nada.

—Dos reales.

—Mete la mano por éste.

Y mete la mano por éste y se la coge y dice:

—¡Ay, la peseta!

(Beltran 2007: 305-306).

9. Suárez presenta otra versión, muy parecida a esta (1998: 158-159 [n.º 38.2]). Pedrosa (en Rubio, Pedrosa y Palacios 2002: 65-66), por su parte, ofrece un par de versiones inéditas, recogidas en Toledo y Cáceres, del mismo tenor. La toledana es muy explícita y «lo que tenía entre las piernas» se convierte en: «ella le llevó la mano a los cojones...».

La aragonesa, que aporta Carlos González Sanz, coincide en elementos que remiten al mismo patrón:

Pues una vez (apost)aron el rey y la reina a que... la reina a que era más listo el estudiante y el rey que era el soldau.

Hicieron la apuesta, les dieron tres reales a cada uno; tenían que comprar un real de nada, otro de no nada y otro de hay.

El estudiante recorrió toda la ciudad. No podía conseguir eso... les preguntaba:

—¿(Esas) cosas vendes aquí?

Y el soldau, dan los tres reales los gastó en un bocadillo y en un vaso vino. «Esto lo tengo yo ya listo».

Preparó un corcho, en nada, en un vaso de agua (y el rey y la reina presentes).

—Un real de nada.

—Pues sí es verdad, (esta)ba nadando el corcho.

—Luego saca una... un proyectil, o sea, una bala, la pone...

Otro real de no nada.

Pero el bolsillo del pantalón derecho, se rompió un poco y se tiró la colica por ese lao [ríe] y le dijo a la reina:

—Pues el real que hay, sáquelo usté de aquí, majestad.

Pone la mano, le toca la colica y...

¡Ay! [ríe]

(González Sanz 2010, I: 336-337).

Como podemos comprobar, el soldado suele ser, además de vago, un borrachín que se entretiene y gasta el dinero en el bar tomando vinos. A los órganos sexuales, por otra parte, se alude de manera eufemística («el aparato», «el chisme», «las guindas» o, más finamente, «la colica») o, de manera explícita, como en la versión toledana («los cojones»). Tanto el equívoco como el efecto sorpresa, que están en la base del cuento, se mantienen. Las últimas versiones orales recogidas, aun con ciertos elementos contextuales que revelan el avance en el tiempo («la moneda», «la peseta», «el real»), regresan a la sencillez del esquema inicial propuesto por Timoneda: buscan la risa, sin mayor recompensa (desde luego, sin la recompensa del matrimonio, que da la integración en ATU 921). Ahora bien, es evidente que no hay risa si no hay alusiones sexuales.

La pregunta que queda en el aire es la siguiente: ¿estarían esos equívocos sexuales ya presentes en el cuentecillo que con toda probabilidad tomó Timoneda de la tradición oral? Ni Timoneda, ni Fernán Caballero, ni Boira hablan de «chisme», «colicas», «guindas» o «cojones», pero recordemos, en cambio, «las uvas», «los huevos», «las nueces», las mismas redondas «pesetas»... Y, como pregunta derivada de la anterior, si conoció un equívoco erótico (que en este caso pudo ser, además, aberrante, si fue entendido como homoerótico), ¿lo pudo rechazar o sortear Timoneda —y, con él, Fernán Caballero y Boira—, a la hora de la escritura? Hay razones para al menos no descartar tajantemente esa posibilidad, porque, como dice Suárez en su comentario a las versiones modernas asturianas: «En esta

versión [la de Timoneda] se desvía el contenido sexual del cuento haciendo que el 'ay' venga provocado por un ramo de ortigas» (1998: 159). Es decir, se esquivaba la procacidad haciendo que las «ortigas» sustituyan o palien un efecto de sorpresa que podría resultar más pasmoso y desconcertante: el hallazgo sorprendente, cerca del bolsillo, de las «guindas» o «nueces» del joven y bien dispuesto portador del recado.

3. «Así los rompí», «Así las comí» («Las tres brevas») y *Doves in the Letter* (ATU 1296B)

El buen humor continúa siendo, cinco siglos más tarde, un arma sutil y vengativa del hombre común frente a las injusticias de la pobreza y los abusos de poder (político o de género). La reconversión que vamos a ver a continuación se dará en el campo de los alimentos y no ya en el sexual, porque la sociedad injusta quiere que el rico coma exquisitos manjares y el pobre se quede al otro lado de la vitrina, contemplando el espectáculo con envidia y, a veces, con rabia subversiva. Así, muchos cuentos tradicionales, empezando por las fábulas, han ido componiendo con sus relatos parciales la épica del hombre pequeño por ganar con ingenio, frente al poder, la lucha contra el hambre.

«Así los rompí», un cuento que parece original de la Edad Media tardía o del Renacimiento hispánico, ni siquiera habla en principio de comida ni de bebida, sino de los recipientes de esa comida y esa bebida. Veremos, sin embargo, cómo el énfasis puesto en el continente derivará en énfasis que apunta al contenido e incluso, más allá, al acto simbólico de controlar la posesión de ese contenido. La versión más antigua que conocemos la debemos nuevamente al valenciano Joan Timoneda, no en vano el mayor recopilador de cuentos de los Siglos de Oro. Timoneda presenta el cuentecillo como explicación de un dicho popular, que recogió Gonzalo Correas —a quien hemos mencionado— y otros: «Habla Beltrán y habla por su mal». El cuentecillo lo presenta Timoneda así:

Por qué se dijo:

Habla Beltrán, y habla por su mal

Un muchacho llevaba dos redomas de vino por la calle y, por apartarse de una bestia, quebró la una con la otra. Y, entrando llorando por su casa, preguntó a su amo (que se decía Beltrán) la causa por qué lloraba. Respondió:

—He quebrado, señor, la una redoma.

—¿Y de qué manera? —dijo el amo.

Entonces el muchacho dio con la redoma que traía quebrada en la sana, e hízola pedazos, diciendo:

—De esta manera la quebré, señor.

El amo, con paciencia, respondió:

—*Habla Beltrán, y habla por su mal.*

(Timoneda *Sobremesa*, II, 38).

Hay dos variantes del cuento en los Siglos de Oro: una primera la presenta Melchor de Santa Cruz en su *Floresta española* (II, VI), publicada en 1574; la segunda, como veremos más adelante, el *Libro de chistes* de Luis de Pinedo (c. 1550). En la de Melchor de Santa Cruz, los vidrios o cristales de una vajilla veneciana sustituyen a las botellas de vino de la versión de Timoneda. El cuentecillo dice así:

El duque del Infantazgo envió al conde de Saldaña un pavo entre dos platos de vidrio de Venecia, muy ricos, que estimaba en gran precio. Descubriendo el paje el pavo delante del conde, quebró él un plato. El conde envió a suplicar al duque con su mayordomo no hubiese su señoría enojo, que por su causa se quebró. Sabido por el duque, preguntó al paje, muy airado:

—¿Cómo le quebraste?

Soltando el plato de la mano, que traía, en el suelo, respondió:

—Así se me quebró.

(Santa Cruz 1997: 127-128).

El cuento era en el siglo XVI o, si no lo era, se convirtió con el tiempo en cuento clarísimamente popular. La versión moderna más parecida a las de Timoneda y Santa Cruz que conozco es andaluza, y la recoge en 1993 el folclorista José Luis Agúndez:

En mi pueblo no había agua: tenían que ir a una fuente por agua con una bestia y unas aguaderas. Y resulta que fue un mayete [= *labrador*] un día con cuatro cántaros de agua de vacío para llenarlos de agua y traerlos al pueblo, y se le rompió uno. Tuvo la mala suerte de que dio un porretazo en una piedra y se le rompieron al llenarlo en el grifo. Se le escurrió y dio sobre la pared y se rompió.

Y la mujer era muy tacaña, era una mayeta muy tacaña.

Y cuando llegó el marido con el cántaro menos, le dice:

—¡Oye! ¿Qué has roto? ¿Un cántaro? Con lo que valen los cántaros —ya ves, un cántaro valía dos reales. Y...—. ¿Tan poco cuidado has tenido para romper el cántaro?

—No, mujer, mira: es que, al llenarlo, se me escurrió así para el lado con el agua; se me rompió.

Y al ratito, otra vez:

—¿Cómo dijiste que habías roto el cántaro?

—Pues mira, que se me escurrió, y le di sobre la pared y se rompió.

Y la mujer:

—¡Ay que ver! —no estaba conforme.

Al ratito, otra vez, que cómo había roto el cántaro. El marido ya cabreado dice:

—¿Que cómo rompí el cántaro? ¡Así! Cogió los dos que quedaban allí en la cantarera... ¡pum! Echó mano a otros dos...

Dice:

—No, no, ya sé bien, ya lo sé, ya no te lo pregunto más, ya sé cómo lo has roto.

(Agúndez 1999 II: 123-124 [n.º 151]).

Agúndez (1999, II: 124) proporciona, en su —como siempre— rico y enjundioso comentario, información sobre otras versiones populares, con distintos nombres, pero parecido argumento: «Los cántaros de Salvatierra», «El botijo de Talavera» o «La escudilla rota».¹⁰ Y aunque ni la versión de Timoneda ni estas otras, también recogidas modernamente, aparecen clasificadas en los índices internacionales, sin embargo algún folclorista ha propuesto —con razones bastante justificadas— emparentar una serie de variantes de «Así los rompí», las que representan los cuentos de «Así las comí» («Las tres brevas»), con ATU, 1296B, *Doves in the Letter*.¹¹

La entrada en ATU de *Doves in the Letter* no contiene, sin embargo, versiones hispánicas; y es bastante lógico, a la vista de las diferencias entre el argumento propuesto como tipo y los argumentos de estas. En la definición que ATU da del cuento tipo, el tonto tiene que entregar un regalo de dos palomas, junto con una carta que certifica que las palomas van incluidas en el envío. Pero o bien se le escapan o bien se las come, de manera que cuando el destinatario las reclama —«¿Dónde están las dos palomas que están en la carta?»—, el tonto le contestará que escaparon, pero añade en su respuesta, con lógica desconcertante, que tiene la suerte de que estén todavía en la carta.

1296B, *Doves in the Letter*. A fool is to take two doves (crayfish, eels, bunches of grapes, gingerbread) in a basket to a farmer, along with an explanatory letter. On the way the doves escape (the fool eats the food). The farmer reads the letter and asks, «Where are the two doves that are in the letter?» – «They escaped from the basket. It's lucky they are still in the letter.»

En una primera lectura, desde luego, el cuento de Timoneda no tendría nada que ver con este argumento: se habla, sí, de un amo y de un criado tonto que comete una torpeza y que es interrogado por la causa; y en ambos casos responde con una simpleza apabullante, que no se sabe si es estupidez o picardía (de tan incongruente que resulta), pero que en todo caso le salva en el interrogatorio. Ahora bien, ni en Timoneda ni en las versiones modernas hispánicas aparecen las palomas ni la carta, que son los motivos al parecer sustanciales en el argumento, hasta el punto de que definen el título.

Sin embargo, Uther incluye en la segunda parte de su definición del tipo 1296B la posibilidad de variantes en las que el muchacho (o muchacha) lleve frutas (y no palomas) en una cesta, aunque siempre junto con la carta. La carta es en todo caso la que certifica el contenido de la cesta y un elemento crucial, como vamos a ver.

10. Información ampliada más adelante por el propio Agúndez (2004: 17-18 [n.º 5]).

11. González Sanz (2010, II: 49-50) clasifica como ATU 1296B una de esas variantes, aragonesa, de «Así las comí» (*Las tres brevas*), el cuento «Los higos para el Obispo». Agúndez (1999, II: 124), por su parte, pese a que no clasifica ni identifica la versión que acabamos de citar (la n.º 151) con ningún tipo concreto, señala que «Chevalier equipara acertadamente este cuentecillo con el de las tres brevas (Pinedo 1964: 100)», es decir, con 1296B, *Doves in the Letter*; y el mismo Agúndez (1999, II: 149), más adelante, clasifica la versión sevillana de «Las tres brevas» [n.º 170], como AaTh, 1296B.

El chico tonto se come las frutas y como se le reprocha que la carta «dice» que había más frutas, al día siguiente, cuando tiene que volver, esconde la carta para que no le delate, es decir, no «diga» nada (puesto que piensa que la carta tiene ojos y le ha espiado).

In some variants a servant (girl) is sent to bring a basket of fruit along with a letter. On the way, he eats one of the fruits. The letter states how much fruit there was, so the recipient asks the servant what happened to one of the pieces. He replies that it was not in the basket. He is sent again on the same errand the following day. He hides the letter before he eats the fruit, because he thinks it can observe him.

La versión hispánica más cercana a ese subtipo que conozco la recoge Noia Campos en su catálogo del cuento gallego, clasificada precisamente como I296B y llevando como título «Os ollos do papel»:

Era un home que tiña un criado pouco avisado. I on dia foi e mandou por el unha cesta de mazás ón amigo cun papeliño drento que decia cuantas iban.

O criado destapou a cesta no camiño pra ver o que levaba i, o ver aquelas mazás tan encarnadiñas, fíxoselle a boca auga e comeu unha.

O home que lle colleu a cesta destapoua á vista del e leu o papel, despois contou as mazás e díxolle ó criado:

—O papel dice que teu amo me manda unha docena de mazás i aquí sólo vein once.

O tolo quedou arrenegando do papel porque lle dixera ó home que iban doce mazás. E pensou que se lle dixera así era porque lle vira comer a outra no camiño.

O caso é que cando chegou o tempo das peras, volveu o amo a mardarlle outra cesta de pera ó mesmo amigo. O tolo abriu a cesta no camiño, viu aquelas peras tan amareliñas i entráronle tentaciois de comer unha, pero como xa estaba escarmentado, mirou se iba algún papel drento da cesta; viu un e foi e colleu e meteuo entre unhas uces e púxolle unha pedra encima para que non vise o que facía. Depoís de comer a pera, gobernou ben a cesta, e marchou cuela pra onde a levaba. O home que colleu a cesta, como xa estaba remoto, o primeiro que fixo foi ler o papel e contalas; i ó ver que faltaba unha, dixo:

—Da outra vez comiche unha mazá i agora comiche unha pera. Eras de confianza, ho!

—Eu non comin, non señor.

—Comiche, comiche, que o papel dice que viñan doce i aquí sólo hai once.

—Me cago nos papeis, que ollos tein! Pois hoxe antes de comer a pera, metino entre unhas uces e púxenlle unha pedra encima; depoís marchei pra lonxe a comela. E non sei como me pudio ver!

(Noia 2010: 166-167).

La versión coincide, como vemos, con el argumento del subtipo que ofrece Uther: cesta de frutas; dos viajes, en el primero es delatado por la carta, en el segundo esconde la carta para que no vea el delito y al volver a ser delatado exclama, con fórmula: «Me cago nos papeis, que ollos tein!». La versión gallega, poniendo énfasis en lo humorístico, como hace el argumento tipo de ATU, en los ojos del papel, es decir en las absurdas propiedades taumatúrgicas de la carta, demuestra un estadio del cuento que resulta excepcional en la tradición hispánica. Solo conozco un precedente, muy interesante, que confirma cierta popularidad del cuento —de *Doves in the Letter*, no de «Así los rompí»— en los Siglos de Oro hispánicos. Se trata de un testimonio muy interesante, en la comedia de Lope de Vega, *El nuevo mundo descubierto por Colón*. En el tercer acto de esta comedia, Pinzón le da al indio Auté una cestilla con doce naranjas como ofrenda y un mensaje de saludo escrito. Por el camino, se come cuatro de las frutas. Cuando se le recrimina que el papel dice que había doce, exclamará: «¡Qué extraño prodigio veo!», «Por el Sol, que el papel habla» (2324); «Sol divino, / que calló todo el camino / y que habla aquí tan deprisa» (2332-32). Y habrá de confesar: «Sí, pero de rodillas pido / al papel y a ti perdón» (2346-47) (Lope de Vega s. d.: 54-62).

Y, sin embargo, existe otro grupo mucho más nutrido de versiones orales modernas, de difícil clasificación pero cercanas a este segundo subtipo definido por Uther —incluyendo la versión gallega y la de Lope de Vega—, que solemos agrupar bajo el rótulo de «Las tres brevas». En estas versiones, un muchacho es enviado al rey con un regalo de tres brevas y una nota; por el camino se come una y frente al portero del palacio se come otra. Cuando el portero le recrimina e inquiriere, puesto que la nota hablaba de tres, sobre cómo se ha podido comer esas brevas, se come la tercera ante sus propias narices, diciendo: «Así». Y lo hace con esa misma mezcla de estupidez y picardía que hemos comentado en los casos de la redoma o botella (Timoneda), el plato (Santa Cruz) o el cántaro (versión oral andaluza). Veámoslo en otra versión sevillana, recogida de nuevo por Agúndez:

Eso fue uno que le mandó, con un criado que tenía, le mandó al rey tres brevas, tres brevas. Tres brevas le mandó al rey. Y entonces, por el camino dijo: «¡Qué buenas! Yo me voy a comer una».

Pero cuando llegó allí a palacio, las recogieron. Llevaba un papelito. Y entonces, diba a llegar. No, cuando iba llegando, se comió otra:

—Yo me voy a comer otra —se comió otra.

Y cuando llegó a palacio, lo recibió el que está allí en la puerta y le dijo:

—¡Eh! Aquí no vienen nada más que... Aquí viene una breva, y aquí pone tres.

Dice:

—¡A, bueno, pues tres!

Dice:

—No, pero si no hay nada más que... (¡ah no!, había dos) y le dijo— si no hay nada más que dos.

Dice:

—¡Pues dos!

Y entonces dice:

—No, si vienen tres.

Dice:

—Pues tres.

Y entonces dijo, hizo así y se comió tres, delante de él. Y le dijo el otro:

—¡No te ahogaras!

Y le dijo:

¡Como no me ahogue con esta! Y se comió la otra también.

(Agúndez 1999, II: 149 [n.º 170]).

En una variante aragonesa, las brevas —que se llaman «figones», «higuetas d'estos negros»— se las quieren enviar el cura y el alcalde de un pueblo al señor obispo, para complacerlo. Pero eligen «al más tonto el pueblo» para llevar una docena de esos «figones» en una cesta, con una carta. El hombre o muchacho (no se especifica) se detiene en una fuente a beber agua (no es taberna para beber vino), descubre los apetitosos higos y se los come todos, menos uno:

Conque nada, va pa Huesca, l'entrega la caja al señor obispo y la carta. La lee y dice:

—Pos aquí viene —dice— una docena flairera de higos, le mandamos. [Una docena flairera es de trece, en vez de doce, trece]

Dice:

—Y aquí no más hay uno.

Dice:

—¿Dónde están los otros?

Le dice:

—Mire, señor obispo— cogió aquel higo qu'había allí, se lo pone en la boca y dice—: Mire, señor obispo, por donde ha pasau este han pasau los otros —dice—. Y buenas tardes y buen provecho, señor obispo, que yo me'n marchó de regreso.

(Con que el pobre obispo se quedó sin gustá-los...).

(González Sanz 2010, II: 49-50).¹²

La principal de las versiones literarias, de donde pudieron proceder algunas orales (la andaluza que acabamos de ver se le aproxima mucho) la ofrecía Braulio Foz, en la *Vida de Pedro Saputo* (1844), libro III, c. 13:

Llegado [Saputo] a la presencia del rey con el oficio o pliego en la una mano y la cesta en la otra, le pidió licencia para presentarle un oficio escrito del concejo de su lugar, y su majestad le admitió con agrado, y leído que le hubo dijo:

—¿Con qué me traes tres higos?

—Sí, señor, aquí están, en esta cesta.

12. Véase, para la clasificación de esta versión, *supra*, n. 10. González Sanz comenta, en su artículo sobre la narrativa folclórica en Valdejalón (Zaragoza), en este mismo número de la revista, que un parecido argumento se presenta en otra versión contada como anécdota atribuida en Ricla al tío Batecamas.

Y se la entregó a su majestad. Abriola el rey y, no viendo más de un higo, dijo:

—Aquí solo hay un higo.

—Pues uno —respondió Saputo.

—Pero el oficio reza tres —dijo el rey.

—Pues tres —respondió el bribón.

—Hombre —dijo el rey—, el oficio dice que me mandan tres higos y aquí solo veo uno.

—Eso, señor rey, consiste —dijo Pedro Saputo— en que ahí por ahí antes de llegar me he comido yo los otros dos.

—¡Te los has comido! ¿Y cómo has hecho? —preguntó el rey.

—Así —respondió Pedro Saputo.

Y tomándole al rey el higo de la mano se lo comió con mucha gracia y desenvoltura.

(Foz 2010: 259-263).¹³

Sin embargo, la primera versión hispánica que conocemos que identifica con unas brevas (es decir, los higos más selectos) el contenido del envío que lleva el tonto protagonista, se ofrecía ya en el tercer testimonio del cuento con que contamos en los Siglos de Oro (después de las versiones de Timoneda y Santa Cruz), el *Libro de chistes* de Luis de Pinedo (1550):

A Diego de Rojas trajéronle por muy gran fiesta unas tres brevas de una huerta suya, y pusiéronselas a la mesa. Ya que quería comer, tomole gana de orinar y entrose en su aposento. En tanto un paje comiose la una de las brevas, y, salido Diego de Rojas preguntó que quién la había comido; y, sabido que un paje, le dijo:

—Dime cómo la comiste; no hayas miedo de nada.

El paje llegose a la mesa y comiose la otra breva, y dijo:

—De esta manera, señor.

Diego de Rojas tomó la que quedaba, y dijo:

—Pues yo os juro a tal que no comáis vos esta otra.

(Pinedo 1964: 100; Chevalier 1975: 78-79).

En catalán solo se conocen, al parecer, versiones divulgadas en territorio valenciano.¹⁴ Así, la versión recogida en la comarca de La Costera se acerca también mucho (como la andaluza) a la aragonesa de Braulio Foz, eliminando el elemento de la carta (el «oficio escrito»), que no parece imprescindible. El labrador le lleva tres higos al rey, pero se come dos por el camino. Y cuando llega:

—Majestat, ací li porte unes figues.

13. Para el cuento, véase Villalba Sebastián (1989: 88) y Amores (1993: 117-20), como recoge también Agúndez (1999, II: 150).

14. El RondCat recoge, como C-005 (por tanto, sin clasificación previa), la versión que comentamos aquí de la comarca de La Costera, más otras dos recogidas por Josep Bataller (2001: 88 [«Com es menja una figa»] y 1981, I: 71 [«Les tres bacores»]), que yo mismo (Beltran 2007: 704-705), catalogaba erróneamente como 1689A.

—Un moment! Figues? Jo només en veig una.

—És de veres. Mire, vosté perdone, és que les altres me les he menjades de la fam que tenia.

—Que se les ha menjades? Però com?

—Com? Mire, així!

I encara no ho havia dit, es va menjar la tercera figa.

(Martínez 1999: 52-54).

Obsérvese la idéntica manera de resolver la situación con un efecto sorpresa: «De esta manera...», «Así se me quebró...», «De esta manera, señor...», «Cómo has hecho? Así...», «Com? Així...».

Parece evidente que hay dos cuentos diferentes en la tradición: en el primero, que obedece claramente al tipo ATU 1296b, *Doves in the Letter*, y que incluiría «Os ollos do papel» y la variante inserta en la comedia de Lope de Vega, el motivo de la carta con poderes maravillosos es sustancial; pero en el segundo, que incluiría las restantes variantes tanto de «Así los rompí», como de «Así las comí», aun en el caso de que se incluya —algo que no siempre ocurre— el motivo de la carta, este no resulta sustancial, puesto que no interviene decisivamente en el desenlace.

En el primero, el efecto humorístico está en la expresión final del tonto, que remata su estupidez (su imposibilidad de entender los códigos de un mundo alfabetizado) al maldecir los papeles o la carta por sus incomprensibles poderes prodigiosos: «Me cago nos papeis, que ollos tein!». Ahora bien, observemos que, por mucho que se den los motivos del portador tonto, el regalo de una cesta con frutas (peras, manzanas, naranjas) y la infracción de comerse una de las piezas, el desenlace nunca gira, como ocurrirá en el segundo grupo, en torno a la acción: «Cómo te la(s) comiste? Así...» Gira más bien en torno a la palabra de quien, remachando su ingenuidad inocente, pero también su idiotez, maldice la labor espía del papel mensajero, el papel con ojos.

Sin embargo, en todas las versiones del segundo tipo de cuento, tanto en las más antiguas de «Así los rompí» como en las más modernas de «Así las comí» («Las tres brevas»), el estallido que ha de producir la carcajada última viene de la constatación de que no solo sale indemne, sino que, gracias a una mezcla ambigua de ingenio e ingenuidad, el protagonista de un acto «delictivo» sale triunfante. Se trata de un acto que, en definitiva, ha sido tan humano —y por tanto poco digno de ser punible— como romper accidentalmente algo valioso (una botella de vino, un cristal de lujo) o comer algo delicioso (y por tanto prohibitivo). En las variantes de *Doves in the Letter* se confirma la estupidez del protagonista, mientras que en «Así los rompí» y «Así las comí» lo que se confirma es la ambigüedad de su comportamiento de tonto-listo.

Como ocurría en el cuento de los «Dos reales de lo que ‘hay’ y los dos de los que ‘no hay’», que hemos visto en la primera sección del artículo, en el cuento inclasificado de «Así los rompí» / «Así las comí» se quebranta el tabú del lujo inalcanzable mediante un acto natural y espontáneo, que se convierte en acto de rebeldía anárquica. El señor, en el mejor de los casos, ha de resignarse a soportarlo con paciencia. Como viene a decir la versión de Timoneda: [*!Qué le vamos a hacer!] «¡Habla Beltrán y habla por su mal!» Solo en el caso de Pinedo, el caballero se apresurará a coger in extremis la última breva antes de que lo haga su paje:

«—Pues yo os juro a tal que no comáis vos esta otra». Aquí, el escudero no culmina su treta picaresca, porque el caballero Diego de Rojas es más ingenioso que él. Pero es que el caballero se rebaja al nivel del pícaro, aprende de él picardías, como ocurría con el escudero en el tratado III de *Lazarillo de Tormes*. Resulta evidente, en cualquier caso, que en todas las versiones populares (como indica Agúndez), la burla y el ingenio del tonto (el criado o el paje) supera a la del señor.

Estos cuentos, en fin, tal vez más refinados en la cortes renacentistas en su tiempo (aunque muchas vulgaridades leemos, afortunadamente, en textos que reflejan el mundillo de esas cortes, como por ejemplo en *El cortesano* de Luis de Milán), pasan o continúan en boca de un pueblo hambriento y sediento, que vive al día y vive de olores, de sabores; que no es un epicúreo de la buena cocina (ni de los refinamientos eróticos), sino de la popular, del par de huevos fritos con longaniza. El mismo espíritu de don Carnal frente a doña Cuaresma, el del carnaval, el del jolgorio, el del buen pan y el buen vino viene a ser el de los buenos higos..., o las buenas brevas.

Timoneda los extrajo, en mi opinión, de una tradición popular en la que, por supuesto, ya existían, y sin el menor refinamiento, esas burlas eróticas y gastronómicas; pero los trasformó y pulió para la imprenta —que suponía una lectura más amplia y culta—, despojándolos del peligroso componente de venganza casi subversiva, o al menos indómita, del pobre contra el rico, del criado contra el señor. Las versiones orales modernas pueden derivar de Timoneda, pero devuelven al cuento su valor de ejercicio de liberación o venganza. Arte oral efímero el de estos cuentecillos, como veíamos al principio, cuando comentábamos el inocente «Terentar, terentar»; pero arte crítico, burlón, despectivo y hasta destructivo ante una normalidad —la del reparto clasista de bienes de consumo— considerada injusta. Buen humor como última alternativa frente al poder ruin.

4. Referencias bibliográficas

- AGÚNDEZ GARCÍA, José Luis (1999): *Cuentos populares sevillanos (en la tradición oral y en la literatura)*. 2 vols. De viva voz 2. Sevilla: Fundación Machado.
- (2004): «Cuentos populares andaluces (XV)». *Revista de Folklore*, 283: 13-31.
- AMORES GARCÍA, Montserrat (1993): «Del folklore a la literatura: *Vida de Pedro Saputo*». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XLVIII: 103-123.
- (1997): *Catálogo de cuentos folclóricos reelaborados por escritores del siglo XIX*. Madrid: CSIC.
- BATALLER CALDERON, Josep (1981): *Contalles populars valencianes*, I. València: Institutió Alfons el Magnànim.
- (2001): *Rondalles de les comarques centrals valencianes*. Ontinyent: Caixa d'Estalvis d'Ontinyent/Institut d'Estudis de la Vall d'Albaida/CEIC Alfons el Vell/Institut d'Estudis Comarcals de la Marina Alta.
- BELTRAN, Rafael (2007): *Rondalles populars valencianes. Antologia, catàleg i estudi dins la tradició del folklore universal*. Valencia: PUV.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, Antonio (1979-80): *Introducción al folklore aragonés*. 2 vols. Zaragoza: Guara.
- BOIRA, Rafael (1982): *El libro de los cuentos...* Madrid: Imprenta M. Arcas y Sánchez.

- CABAL, Constantino (s. d. [1921]): *Los cuentos tradicionales asturianos*. Madrid: Voluntad.
- CAMARENA LAUCIRICA, Julio; Maxime CHEVALIER (2003): *Catálogo tipológico del cuento folklórico español. Cuentos-novela*. Madrid: Centro de Estudios Cervantinos.
- CARDIGOS, Isabel (2006): *Catalogue of Portuguese Folktales*. Folklore Fellows' Communications 291. Helsinki: Soumalainen Tiedeakatemia.
- CHEVALIER, Maxime (1975): *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*. Madrid: Gredos.
- (1978): «Inventario de los cuentos folklóricos recogidos por Fernán Caballero». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XXXIV: 49-65.
- (1983): *Cuentos folklóricos españoles del Siglo de Oro*. Barcelona: Crítica.
- (2000): «Chascarrillos aragoneses y cuentos folklóricos». *Temas de Antropología Aragonesa*, 10: 11-26.
- CORREAS, Gonzalo (1992): *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Ed. Víctor INFANTES. Madrid: Visor.
- FOZ, Braulio (2010): *Vida de Pedro Saputo*. Ed. José Luis CALVO CARILLA. Zaragoza/Huesca/Teruel: Univ. de Zaragoza/Instituto de Estudios Altoaragoneses/Instituto de Estudios Turolenses.
- FRADEJAS LEBRERO, José; José Luis AGÚNDEZ (2006): «Tradición oral y literatura (V). Cuentecillos de Fernán Caballero en Rafael Boira». *Revista de Folklore*, 304: 120-131.
- GONZÁLEZ SANZ, Carlos (2010): *De la «chaminera» al tejaio... Antología de cuentos folklóricos aragoneses catalogados conforme a la 'Clasificación Internacional del Cuento-Tipo'*. 2 vols. Guadalajara: Palabras del Candil.
- LOPE DE VEGA, Félix (s. d.): *La famosa comedia del nuevo mundo descubierto por Colón*. Ed. Ricardo CASTELLS <<http://www.comedias.org/lope/NMundo.pdf>> [fecha de consulta: febrero de 2013].
- MARTÍNEZ, Josep V. et alii (1999): *Conte contat. Rondalles populars de la Costera*. Col·lecció Conèixer la Costera 2. Xàtiva: Associació d'Amics de la Costera.
- NOIA CAMPOS, Camiño (2010): *Catálogo tipológico do conto galego de tradición oral. Clasificación, antoloxía e bibliografía*. Vigo: Univ. de Vigo.
- ORIOL, Carme; Josep M. PUJOL (2003): *Índex tipològic de la rondalla catalana*, Barcelona: Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya.
- (2008): *Index of Catalan Folktales*. Folklore Fellows' Communications 294. Helsinki: Soumalainen Tiedeakatemia.
- PINEDO, Luis de (1964): *Libro de chistes*. En *Sales españolas o agudezas del ingenio nacional*. B.A.E. 176. Madrid: Atlas.
- PUJOL, Josep Maria, (coord.); Grup de Recerca Folklòrica d'Osona (2002): *«Benvingut/da al club de la Sida» i altres rumors d'actualitat*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- RUBIO MARCOS, Elías; José Manuel PEDROSA; César Javier PALACIOS (2002): *Cuentos burgaleses de tradición oral*. Burgos: Tentenublo.

- SANTA CRUZ, Melchor (1997): *Floresta espanyola*. Ed. M.^a Pilar CUARTERO; Maxime CHEVALIER. Barcelona: Crítica.
- SUÁREZ LÓPEZ, Jesús (1998): *Cuentos del Siglo de Oro en la tradición oral de Asturias*. Gijón: Ayuntamiento.
- TIMONEDA, Joan; Joan ARAGONÉS (1990): *Buen aviso y portacuentos. El sobremesa y alivio de caminantes. Cuentos*. Ed. Maxime CHEVALIER; M.^a Pilar CUARTERO. Madrid: Espasa-Calpe.
- VILLALBA SEBASTIÁN, Juan (1989): «La Vida de Pedro Saputo y el Folklore». *Revista de dialectología y tradiciones populares*, XLIV (1989): 81-93.
- UTHER, Hans-Jörg (2004): *The Types of International Folktales. A classification and Bibliography. Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson*. 3 vols. Folklore Fellows' Communications 284-285-286. Helsinki: Suomalainen Tiedekatemia.